



www.loqueleo.com/es

© 2020, Raquel Míguez

© 2020, Ana Pez

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-377-1

Depósito legal: M-2.048-2020

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: junio de 2020

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Awoki y el misterio de la estrella robada

Raquel Míguez

Ilustraciones de Ana Pez

loqueleg

*—Cuida a tus amigos porque te acompañarán
en el camino de la vida —me dijo papá el día que
cumplió ochenta años.*

*Este libro es para mis amigos, los Salvajes, ellos
son la cueva de piratas donde siempre
encuentro refugio.*

Las vacaciones más aburridas de la historia

Estaba seguro de que aquellas vacaciones iban a ser las peores de mi vida. Mi abuela me había dicho que Ruth se pasaba el día observando el cielo con sus prismáticos nuevos y que Quinta estaba encerrado en su casa, jugando a un superjuego que le había regalado su padre... Para colmo, Awoki, mi amigo extraterrestre, había vuelto a su planeta. Todas las señales navideñas eran de aburrimiento mortal.

Me imaginé las vacaciones como si las viese en una bola de cristal: mis amigos a lo suyo y yo caminando por el pueblo de mi abuela, aburrido y más solo que la Luna...

Menos mal que se me da fatal adivinar el futuro. Si fuese adivino, sería como uno que

vi una vez en la tele. ¡Menudo timo! Llamó un hombre y le preguntó si le tocaría la lotería. El adivino barajó las cartas y le dijo: «Sí. Te va a tocar. Y cumplirás tu sueño de comprarte un barco». Y el hombre le contestó que nunca soñaba con barcos y que nunca en la vida se compraría un barco porque se mareaba hasta en las escaleras mecánicas. Yo sería un adivino así de malo.

A todo esto, no sé por qué no he empezado a contar las cosas por el principio, por el viaje al pueblo de mi abuela Vilma...

—¿Falta mucho, papá?

Hacía siglos que no soltaba esa pregunta, típica de cuando eres canijo, pero llevábamos tres horas de viaje y avanzábamos como caracoles. Hubiésemos llegado antes en monopatín.

Papá me miró por el espejo retrovisor.

—No lo sé, Manuel. Con tanta nieve, tanta niebla y tanto coche, es imposible calcular.

Negó todo el camino y muchos coches se estropearon y se fueron quedando en los bordes de la carretera...

—Pues menudo rollo, papá. Lo único divertido de esta Navidad va a ser lo de la magia y me lo voy a perder.

—No creo que los del espectáculo de magia lleguen antes que nosotros, también les habrá pillado la nevada.

—Ya...

Mi abuela Vilma vive a cinco horas de casa. Cinco horas de viaje se pasan bastante rápido, pero era diciembre, todo el mundo quería celebrar la Navidad fuera de la ciudad y estábamos atrapados en el atasco del siglo.

Y, por si fuera poco, caía la nevada más gorda desde hacía no sé cuánto tiempo y había policías por toda la carretera, intentando organizar el tráfico. Y grúas llevándose coches, y coches con el capó abierto, echando humo... Aquel fue el viaje al pueblo más largo de la historia.

—Papá, no se nos estropeará el nuestro, ¿verdad?

—Espero que no, Manuel. Cruza los dedos.

Mi padre no es supersticioso, yo sé que lo de los dedos lo dice por decir, pero, por si acaso, crucé los míos y atendí a la radio, que daba las últimas noticias:

12 «Las carreteras del norte están colapsadas y hay docenas de coches averiados en los arcenes a causa del temporal. La policía de tráfico ha puesto en marcha la operación Papá Noel para asegurarse de que ninguna familia se quede sin...».

—No te preocupes, Manuel. —Papá cambió a la emisora de los villancicos—. Ya sabes lo que nos dijeron cuando lo alquilamos: «Este coche está preparado para viajar en las peores condiciones. Podrían atravesar el desierto, cruzar un río, abrirse camino a través del Polo Norte...».

—Sí, claro, y yo me lo creo. Ni que fuera el *batmóvil*, papá.

—En cuanto atravesemos la sierra, irá todo mejor. Y en el pueblo hará bueno, ya verás.

Eso dijo. Y, después, se puso a cantar «Ande, ande, ande, la Marimorena...». Pero en la sierra y al pasar la sierra también había atasco. Llegamos a casa de Vilma a la hora de cenar.

Hacía rato que papá había apagado la radio. En el pueblo no nevaba, pero había niebla y empezaba a soplar un viento fuerte y helado. Parecía que hubiésemos llegado a una población fantasma.

13

Solo nos cruzamos con un hombre que llevaba un abrigo hasta los pies. Caminaba encorvado y lo seguía un perro negro y flaco que temblaba de frío.

—¡Mira, papá! —El árbol de Navidad, el más alto del parque, acababa de aparecer detrás de la última curva.

Le habían colgado sus adornos rojos y sus bombillas blancas, pero me dio un escalofrío cuando pasamos por delante. Había algo raro en el árbol, algo distinto de otras navidades.

Las luces temblaban, borrosas, como si la niebla fuese una cortina, y las ramas, cargadas de adornos, se movían hacia todos los lados como si el árbol dirigiera una orquesta invisible. Todo era un poco tenebroso.

14 La casa de Vilma también parecía una casa fantasma. Al salir del coche, solo oímos el sonido de las hojas de los árboles, el viento y el mar a lo lejos.

—¡Por fin! —dijo la abuela, achuchándome y plantándome por lo menos cinco besos en la cabeza y no sé cuántos más en la cara—. Pensé que tendríais que dormir por el camino, ¡menu-da nevada! Lo he estado viendo por televisión.

Me ayudó a quitarme el anorak, como si todavía tuviese cuatro años.

—Te dije que vinierais en tren, hijo —le regañó a papá—. Mira que eres cabezota.

La voz de mi abuela borró de golpe todo lo tenebroso. Nada más cruzar la puerta, me entró por la nariz uno de mis olores favoritos del planeta. El olor más típico de la cocina de

Vilma. Si estuviera en la otra punta del mundo y me entrase ese olor por la nariz, me sentiría exactamente igual que si me transportasen en una nave ultrarrápida a su cocina.

—¡¡¡Empanada!!!

Solté mi mochila en la entrada y corrí dentro.

—Manuel, no dejes tus cosas aquí tiradas —me regañó papá. Pero en casa de la abuela manda la abuela.

—No importa, que lo recoja después de cenar.

Vilma se pone tan contenta cuando llegamos de vacaciones que no me regañaría ni aunque entrase en casa con un cerdo vietnamita restregándose contra las paredes.

—Abuela, ¿han llegado los del espectáculo?

—¡Qué va! Supongo que también les habrá pillado la nevada.

Vilma ya tenía la mesa preparada. Sacó del horno su increíble empanada de bonito y nos sentamos a cenar.

—Aristóteles el Mentalista y Ruby Rompecorazones —dijo cuando empezamos a comer.

—¿Cómo?

—Así se llaman los del espectáculo de magia.

16 La abuela salió de la cocina y volvió con un cartel en la mano. Debajo de los nombres de los magos, había dibujado una bola de fuego en forma de interrogación que se escapaba de un sombrero de copa.

—¡Cómo mola, abuela!

Mi abuela Vilma es artista. Dibuja de todo: los carteles de las fiestas de los pueblos, los nombres de las tiendas, las invitaciones de boda y los escenarios de las obras de teatro. Tiene una letra muy buena. En realidad, Vilma es grafitera aunque no pinte muros en las calles.

—Te ha quedado chulísimo. Sobre todo el sombrero.

Cerré los ojos para saborear la pasta crujiente de la empanada.

—¿Cómo serán? —pregunté—. Los magos, ¿cómo serán?

—Pues imagínate, con ese nombre... —dijo papá—. ¡Ruby Rompecorazones! Será una mujer explosiva, poderosa, con mirada de rayo láser —añadió riendo.

—Seguro que sí. —Vilma también se rio—. Y creo que son muy buenos en lo suyo, eso he oído comentar al alcalde.

—¿Qué significa «mentalista»? —pregunté.

—Una especie de adivino.

La abuela había hecho también arroz con leche. A mí solo me gusta el arroz con leche de Vilma. Con corteza de caramelo crujiente por encima, como un lago de caramelo... Solo de recordarlo se me hace la boca agua.

—¿Habéis visto el árbol de Navidad? —nos preguntó la abuela.

—¡Como para no verlo! —respondió papá—. Ha quedado espectacular, como siempre.

—¿Pero no os habéis dado cuenta de que le falta algo?

Papá y yo nos miramos. Me concentré un momento para visualizar el árbol.

—¡Falta la estrella de Oriente! —grité—. ¡Ya decía yo que había algo raro!

—Ajá. ¿Y a que no sabes cuál va a ser la estrella este año? —le preguntó la abuela a papá.

Papá la miró y se encogió de hombros, con una cucharilla de arroz con leche en la mano.

18 —¡La del pecio! —continuó la abuela—. El alcalde está esperando a que llegue el último permiso del Ministerio de Cultura, pero, vamos, que ya se sabe que se lo han concedido. Desde hace meses, se sabe... ¡Imagínate cómo está de nervioso!

—¿Qué es un *pecio*? —pregunté, porque no me estaba enterando de nada.

—Un *pecio* no, Manu: un pecio —me corrigió papá—. Los restos de un naufragio.

—La estrella apareció entre los restos de un barco —explicó la abuela—. Se hundió frente a la Escondida hace varios siglos, aunque lo descubrieron unos cien años atrás. Había un tesoro en las bodegas de aquel barco, ¿sabes?

Yo había dejado de comer: aquello era demasiado emocionante hasta para el arroz con leche de Vilma.

—¿¡Un tesoro en la Escondida!?

—No, no exactamente allí. El barco naufragó en la isla, en el siglo XVII.

La Escondida es mi playa favorita del mundo y la isla está enfrente. Se llama isla Gaelia, pero nadie la llama por su nombre. Para todos es «la isla». Solo tiene un faro, acantilados y una playa.

—¿Pero había un tesoro o no?

—Yo no diría tanto... —respondió papá—. Una bolsa de monedas de oro y la estrella.

La abuela sacó un frutero con mandarinas. Sea cual sea el menú, Vilma siempre pone fruta en la mesa.

—Todo de oro, ¿te parece poco? —contestó la abuela a papá.

—¿Y qué pasó con el tesoro? —pregunté.

—Las monedas están en el museo provincial y la estrella en la iglesia del pueblo. En una

urna de cristal blindado que se expone cada cinco años en la noche de Nochebuena. Este año tocaba, pero la van a colocar en el árbol de Navidad. Es una preciosidad y dicen que data del siglo xv.

Papá salió de la cocina y volvió con una foto.

—Mira, Manuel: la hizo mamá hace cinco años. La última vez que abrieron la urna.

Era una foto un poco borrosa, se veía una caja de cristal con el fondo forrado de tela azul y, dentro de la caja, una estrella. O sea, una estrella de Belén. Un cometa con cola y todo.

—Braulio lleva tiempo haciendo gestiones para que le dejen colocarla en el árbol, pero hasta este año no había conseguido los permisos. Decían que por temas de seguridad.

Braulio es el alcalde del pueblo y el padre de mi amigo Quinta.

—Claro, imagínate que ocurriera un accidente —dijo papá—. Que la estrella se cayera y se abollara o se le rompiera alguna de las puntas, por ejemplo, ¡menudo desastre!

—El caso es que, por fin, lo ha conseguido. El ayuntamiento ha contratado un seguro y todo. Ahora solo falta que llegue el último papel del ministerio.

Cuando terminamos de recoger la cocina, me asomé al jardín. El viento se había llevado la niebla, pero la noche estaba muy oscura y parecíamos los únicos habitantes del pueblo y del mundo. Seguro que en la Escondida, en ese momento, había olas peligrosas rompiendo contra el acantilado e invadiendo la cueva de los piratas.

Miré el cielo y pensé que sería genial que mi amigo Awoki volviera a la Tierra. ¡Molaría un mundo pasar la Navidad con él! También me imaginé si habría Navidad en Aglutón, su planeta.

Aglutón se parece mucho a la Tierra, aunque no hay helados y algunos animales se han extinguido, como las mariposas, por ejemplo. Awoki y su familia no parecen alienígenas. De hecho, yo lo descubrí por casualidad el verano

pasado. Un día se hizo un corte bastante profundo en un pie y empezó a sangrar..., ¡sangre color naranja fosforescente!

22 Me asusté más que en toda mi vida. Casi me desmayo de miedo cuando me di cuenta de que Awoki era un marciano. Perdón, un extraterrestre procedente del planeta Aglutón. A él no le gusta nada que le llame marciano.

Entré en casa. Papá y la abuela estaban charlando en la sala.

—¿Y cómo es eso de que mañana sales de viaje? —protestaba Vilma en ese momento—. ¡Pero, hijo, si acabas de llegar!

—Mamá, te lo dije por teléfono: necesito documentación para un reportaje y he concertado varias entrevistas. Pero antes de Nochebuena estoy de vuelta y ya no me muevo de aquí hasta enero.

Papá es periodista y aún no estaba de vacaciones.

—Venga, Manuel —me dijo—. Sube tu equipaje, que es tarde.

—¡Ah, espera, Manu! —me llamó Vilma—. ¡Pero si no os he contado la otra novedad importante del pueblo! Tenemos una pareja de cigüeñas.

—¡Hala!

—Han hecho nido en el campanario de la iglesia, ¿qué te parece, Manu? Hay que ver lo loco que está el planeta, que las pobres llegaron cuando empezó el frío. El mundo al revés, vaya.

23

—Pero mola tener cigüeñas en el campanario, abuela. ¡Y las veré desde mi habitación! ¡Qué guay!

Les di un beso y subí mi mochila.

Mi habitación olía como siempre, a unas flores de color lila que le encantan a mi abuela. Las tiene en los armarios y en todos los cajones. Creo que se llaman lavandas, o lavanderas, o algo así.

Me puse el pijama y saqué el libro que me estaba leyendo: *El ataque de las sombras alargadas*. Era una noche perfecta para un libro de miedo. El viento soplaba de nuevo, cada vez más

fuerte, y hacía que se movieran las pizarras del tejado, las cortinas y las ventanas. En casa de mi abuela, las ventanas son tan viejas que se mueven con el viento, aunque estén cerradas.

24 Iba por el capítulo 5. El protagonista estaba a punto de ser borrado del mundo por las siniestras sombras alargadas, que ya habían hecho desaparecer a todo el pueblo. Se había escondido en un armario y... Y entonces oí pasos por el pasillo y casi se me para el corazón.

—¡Jo! ¡Qué susto me has dado!

Era mi padre, que acababa de entrar en mi cuarto.

—No sé cómo te pueden gustar tanto las historias de terror con lo miedoso que eres, Manuel.

—Ya.

Me encendió la luz de la mesilla y apagó la del techo.

—Que descanses, hijo. Hasta mañana.

Le oí entrar en el baño y luego en su cuarto y cerrar la puerta.

Unos diez minutos después, la casa se quedó en silencio total. Uno de esos silencios que hacen que desees con todas tus fuerzas haberte dormido ya. Solo se oía el tictac del reloj grande de la abuela y eso, cuando todo está a oscuras menos tu lamparita y eres el único de la familia que está despierto, da bastante miedo. Por lo menos a mí.

25

Yo tampoco entiendo que me gusten tanto las historias de terror, la verdad. Abrí el libro otra vez. Ricardo, el *protá*, intentaba encontrar una linterna, porque la luz era lo único que hacía retroceder a las sombras alargadas y la casa se había quedado sin electricidad. Ricar iba a tientas, palpando las paredes con la mano. Entonces, de nuevo, casi se me para el corazón al oír un nuevo ruido. Esta vez en el balcón.

Primero pensé que sería el viento. Pero no. Alguien arañaba el cristal desde fuera.

Me metí debajo de las sábanas y abrí bien las orejas. No podía respirar ni me atrevía a moverme ni a llamar a papá.

Si eres un poco miedica y te gustan las historias de terror, casi seguro que, de repente, te parezca que las sombras alargadas (o lo que sea) se han escapado del libro, están invadiendo tu cuarto y vienen a por ti.

Saqué un brazo de debajo de la ropa y despacio, muy despacio, acerqué las puntas de los dedos al interruptor y encendí la luz. Entonces, además de la bombilla del techo, se iluminó la de dentro de mi cabeza y se me quitó un poco el miedo. La luz había ahuyentado a las sombras alargadas. Empecé a pensar como un miedica inteligente y llegué a la conclusión de que nadie puede abrir un balcón por mucho que arañe el cristal.

También me di cuenta de que lo que oía no eran ARAÑAZOS, sino arañazos. Pequeños. Como de gato. ¡Eso era! Silver se había quedado fuera y quería entrar... (Silver es el gato de mi abuela).

Me acerqué a la ventana y separé la cortina. Me temblaban las piernas. Miré fuera y aluciné

al descubrir quién arañaba el cristal. No era Silver, precisamente.

—¿Eres tú? ¿Pero qué...? —Abrí el balcón y cogí en brazos al lagarto de mi amigo Awoki—. ¿Pero qué haces tú aquí? ¿Habéis vuelto?

Me asomé fuera, por si veía a Awo.

—¿Awo? —No me atrevía a llamar a voces para no despertar a papá y a Vilma—. Awo, ¿estás ahí?

27

El viento me levantaba la camisa del pijama.

—Sí, estoy aquí. Abajo, en la calle, ¿puedes bajar?

Estaba claro que aquellas no iban a ser las navidades más aburridas de la historia...

Yo estaba tiritando, y no de miedo, sino de frío. Un frío como el que debe de hacer en el Polo Norte en diciembre.

Cerré el balcón, me calcé y me puse un jersey mientras bajaba las escaleras.

Que Awoki y Aire estuviesen en la calle a esas horas de la noche era tan extraño como



que hubieran vuelto a la Tierra desde un planeta que está más allá de nuestro sistema solar.

La verja del jardín es vieja y hace ruido, así que no la abrimos. Me di cuenta de que Awo respiraba muy rápido, como si le faltara el aire.

—¿Pero qué ha pasado? ¿Cuándo habéis vuelto?

—Acabamos de llegar... Bueno, hace una hora, más o menos, y ha pasado una cosa... Ha pasado una cosa horrible, Manu.

Mientras hablaba, miró hacia atrás varias veces, como si tuviese miedo de que alguien le hubiera seguido.

—¡Quinta nos ha descubierto!

—¿¡Qué! ¿Cómo que os ha descubierto?

—Nos ha visto llegar.

—¿Pero es que estaba en la calle? —Awoki asintió.

—¿A estas horas? ¿Qué hacía Quinta a estas horas en la calle?

—No lo sé, estaban su padre, su madre y él, y llevaban linternas.

—¿Qué? ¿Ahora mismo?

Awo miró hacia atrás otra vez.

—¿Pero qué es lo que han visto? —Awoki cogió a su mascota.

—Han visto las luces de la nave y creo que también nos han visto en playa Escondida.

¡Nos han descubierto, Manu! ¡Avisarán a la policía! ¿Qué hacemos?